

Abelina

por Fernando Helguera

Claras intenciones las de Abelina; sólo para ella porque eran un secreto ante los demás. Desde pequeña se había distinguido por ser una buena mentirosa, de esas que mienten cuando es estrictamente indispensable, sin culpa y sin miedo, a menos que la culpa y el miedo fueran indispensables ya que esa mentira pudiera ser verdad.

En esta ocasión no había salida y necesitaba actuar con presteza; las tonterías y distracciones de sus acompañantes le resultaban insoportables, pero tenía que fluir con los hechos del momento para no delatarse. A ratos dudaba si cambiar de víctima primigenia, por esa joven tan desagradable que no dejaba de hablar estupideces; arrogante a morir dando lecciones acerca de cómo uno debe fortalecerse espiritualmente si pretende la trascendencia.

También estaba el tipo sesentón con una halitosis de estilo delatador, pues nadie a cien metros a la redonda podía dejar de percibir su presencia por más esfuerzos que éste hiciera por esconderse y pasar desapercibido. Afortunadamente no hablaba mucho, pero eso no cambiaba la perspectiva; era una opción más que la incitaba a desviarse de su plan inicial.

Si focalizaba a una sola víctima el conjunto perdería sentido, pero sobre todo, esa pérdida de la congruencia se traduciría en la privación de su libertad, independientemente de la caída del éxito proyectado; sería la primera vez que cometería un error pero sería definitiva. Mejor dejar de darle vueltas, aguantarse como las machas y continuar al pie de la letra con la estratagema, que contaba con una gran maestría derivada de la meticulosidad y el tiempo dedicado a ella. Por un instante la magnificencia del plan la hizo sentirse abrumada. No era momento de modificar el rumbo.

De todos los crímenes que había concebido, éste era el más audaz y perfecto. Su trabajo consistía en hacer los planes de ejecución de robos, secuestros, extorsiones, venta de productos en el mercado negro, asesinatos, violaciones e incluso genocidios; había explorado todos los campos de los actos ilícitos, a excepción del que ahora abordaba. Su cartera de clientes se componía por una gran variedad de delincuentes que perpetraban los crímenes; ella nunca se ensuciaba las manos. Era una gran estrategia que jamás había fallado; Abelina recibía el dinero de su paga y se enteraba de los resultados días, a veces semanas después, por medio de los periódicos o la televisión; cualquier error que hubiera derivado en el fallo de la estrategia, era en realidad imputable a la ejecución; algún idiota que no había seguido el plan a pie juntillas.

Se podrían catalogar como crímenes con firma de artista, con denominación de origen, de no ser porque su anonimato era sustancial; tenía que guardar las apariencias y evitar que alguien se enterase de su participación. Hoy esta condición corría peligro de desaparecer, ya que por primera vez le correspondía ser la perpetradora y no sólo la mente maestra.

Su plan en desarrollo destacaba de todos los que había elaborado en los veinte años que tenía de ejercicio profesional en la materia (¡ya veinte años!), porque era de gran simpleza. Temía que la razón de haberlo hecho tan simple respondiera a algún truco que le jugara su mente. Que fuera la manifestación de la pereza que buscara simplificar su ejecución; más que una genialidad, sería la causa por la cual habría de hundirse.

Abelina podría ser una mentirosa pero lo era con absoluta sinceridad; nunca se había considerado ella misma como delincuente, quienes en su personalidad tenían falsedad. Si ahora le correspondía ejercer la mano de obra de su propio proyecto, era porque no había cliente que le encargara este tipo de trabajo en el país. No le interesaba cambiar de residencia, y estaba decidida a experimentar esa única temática faltante en su currículum.

El comportamiento de sus clientes siempre le pareció “burda, baja y primitiva”, tres adjetivos que utilizaba invariablemente al referirse a la acción delincinencial. Su trabajo era una cosa del arte y se consideraba artista única en su tipo, más en estas épocas postmodernas donde todos firman sus obras en búsqueda de la fama, el dinero, la reputación, o cualquier combinación de las anteriores. Abelina escondía su nombre, y ni siquiera un pseudónimo tendría sentido utilizar, pues en el fondo lo que menos cruzaba por su cabeza era el protagonismo.

Escribía pero no era literata. La gente representaba sus guiones pero no era dramaturga. Creaba escenas a todo detalle, con colores, iluminación, objetos, todo diseñado intencionalmente, pero no era arquitecto. Además de ser una artista única su disciplina tampoco tenía paragón.

Jamás le habían caído bien los pintores que hacían autorretratos, y otro de los presentes justo presumía de ser pintor y esta era su temática preferida. Los escritores de autobiografías le daban repugnancia; los directores que actuaban sus películas o viceversa, le parecían el colmo del egocentrismo y la vanidad. Ahora le tocaba a ella ser quien materializara su creación y llevara al máximo de la expresión, su temática. Estaba muy irritada por lo anterior; le hacía sentir que era un mal augurio.

Una señora demasiado arreglada para la ocasión hablaba de sus pertenencias y viajes, y del estilo de vida único permisible bajo el cual uno habría de transitar por la existencia; ella era otra gran tentación para cambiar el plan; para Abelina era perfectamente chocante y se veía seducida por

victimizarla directamente y permitir que las personas que compartían el momento con ellas, testificaran el posible derramamiento de sus vísceras sobre el piso loseteado. ¿Cómo era posible que hubiera tanta gente odiosa a su alrededor en un mismo momento? Cualquier resquicio de culpa que pudiera haber en las capas más ocultas de su moral, frente a estas personas se desintegraba.

Conforme pasaban las horas el anochecer se acercaba. Si por lo tarde que se hacía alguno de los presentes en la reunión se despidiese y abandonara el lugar, la perfección matemática perecería dando lugar, otra vez, al fracaso. No podía permitirse ese lujo, dado que sería su responsabilidad y nadie podría salvarla de ese peso sobre las espaldas. Apresuró el ritmo de su mente e hizo recorrer su odio por todos los demás integrantes de la concurrencia, como único antídoto contra la aversión que pudiera tornarse particular hacia alguno de los individuos.

Pero no, ejecutaría el plan como se diseñó desde el principio. Era inadmisibles la perspectiva de que alguien saliera de ahí sin el daño programado. Todos debían sufrir el mismo desenlace y así el mensaje sería transmitido sólido; contundente; podía hacer cualquier cosa menos seguir dudando. El destino era común para los integrantes de ese grupo, por más que sus impulsos tendieran en algunos momentos a pretender la salvación.

Abelina tocó su cuerpo para cerciorarse de que todo estaba en su lugar y a la perfección. Sí, era perfecta. Volteó a ver al rostro a cada uno de los participantes y sintió una enorme satisfacción de impedirles afear el mundo por más tiempo; sus rasgos físicos pero también con su falta de fe en Dios, eran insultos a la existencia. Por medio de su materialismo, sus miedos, su debilidad y su narcisismo, convertían el planeta en un sitio menos habitable.

Fue entonces cuando Abelina sacó un revolver plateado, reluciente, y lo puso a la vista de todos. Provocó el congelamiento instantáneo de la conversación; las palabras quedaron suspendidas en el aire, a media altura, pero como pertenecían a una conversación insustancial, no eran lo suficientemente densas para caer y despejar el trayecto de cualquier proyectil proveniente del arma en cuestión. Tampoco lo eran para desviar una bala.

Todos tenían expresión de estupor y no sabían qué hacer mientras ella les apuntaba, su posición le permitía matar a cuando menos seis de los ahí presentes. Abelina recordó su plan paso por paso; realmente era su obra maestra y no veía la razón de haber estado dudando toda la tarde. Su amor por la simetría la llevó a, con la otra mano, mostrar un segundo revolver idéntico al anterior, duplicando así el terror en el ambiente.

Los más suspicaces conjeturaron que, siendo dos revólveres, no había suficientes balas para matar a los trece frente a ella, y eso suponiendo que

acertara con puntería de vaquero del viejo oeste, terminando con cada proyectil una vida. Ellos aspiraron profundamente confiando en ser el afortunado de aquella ruleta rusa inversa, que la atraparía y entregaría a las autoridades por el asesinato múltiple de sus compañeros.

Abelina también aspiró profundo y colocó cada revólver en una de sus sienes; disparó los dos a la vez; su corazón se detuvo y esa fue la razón por la que los aterrorizados testigos no tuvieron tiempo de sentirse aliviados al no ser ellos el objetivo de las balas, pues dicho órgano con su latir no sólo alimentaba de sangre el cuerpo de Abelina, además estaba conectado al detonador de los explosivos que le cubrían el torso, que se accionó al detectar que las pulsaciones cardiacas se había detenido.

La mentira final: hacerles creer que al suicidarse sólo ella moriría.

La simpleza: terminar en un instante y con el mínimo esfuerzo físico, con esas personas tan desagradables, así como con todos los habitantes del edificio; también eran esclavos de un sistema corrompido y pestilente.

La maestría: no dejar huella de su participación, ni oportunidad de réplica a los deudores.

El trabajo que cerraba la lista de sus estrategias delictivas: El terrorismo.